

La teología de la prosperidad: la fe al servicio del individualismo

Marco Coscione

Cuando la pobreza se interpreta como un fracaso individual y la riqueza como una bendición divina, la injusticia social corre el riesgo de convertirse en un problema espiritual, en lugar de una realidad que exige respuestas colectivas.

Una promesa de prosperidad en sociedades profundamente desiguales

Como confirma la CEPAL, América Latina y el Caribe continúan enfrentándose a una de las distribuciones más desiguales de la riqueza y las oportunidades del mundo. A pesar de los avances registrados en determinados períodos, la pobreza, la precariedad laboral, la desigualdad educativa y las dificultades para acceder a servicios públicos de calidad siguen condicionando la vida de millones de personas.

En este contexto, la expansión de determinadas corrientes religiosas que prometen prosperidad material a través de la fe merece una reflexión más allá de lo teológico. La llamada *teología de la prosperidad*, difundida especialmente por sectores pentecostales y del movimiento carismático, propone una relación entre la fe en Dios, el éxito personal, la salud y la abundancia económica. En ella, la riqueza aparece como una manifestación del favor divino, mientras que las ofrendas económicas a la iglesia se presentan como una forma de activar o recibir bendiciones.

La búsqueda de bienestar, esperanza y mejores condiciones de vida es natural y legítimo es el papel que las comunidades religiosas desempeñan en el acompañamiento emocional, la ayuda mutua y la organización comunitaria. El problema surge cuando una interpretación particular de la fe transforma la prosperidad en una responsabilidad esencialmente individual y desplaza la atención de las estructuras económicas, políticas y sociales que producen y reproducen la desigualdad; cuando se consigue presentar la pobreza como un problema de actitud o de fe, y el éxito económico como una prueba de mérito personal y bendición divina.

Individualizar la pobreza: de la injusticia estructural al fracaso personal

Uno de los principales riesgos de la teología de la prosperidad es que puede contribuir a individualizar la explicación de la pobreza.

En sociedades marcadas por profundas desigualdades de origen, las oportunidades de cada persona dependen de múltiples factores: el nivel de ingresos de su familia, la calidad de la educación recibida, el acceso a servicios de salud, las condiciones del mercado laboral, el lugar de nacimiento, el racismo y el clasismo, las desigualdades de género y las relaciones de poder que atraviesan la sociedad. La voluntad individual y el esfuerzo personal importan, pero no operan en un vacío social.

Sin embargo, cuando se afirma que la fe permite alcanzar la prosperidad, se instala una interpretación según la cual quienes prosperan han demostrado una fe suficiente, mientras que quienes permanecen en la pobreza no han creído, o no han creído lo suficiente, o no han cumplido con determinadas obligaciones religiosas.

Esta interpretación puede producir una inversión moral de la realidad, donde las personas que padecen las consecuencias de la desigualdad son consideradas responsables de su propia situación, mientras que las condiciones estructurales que limitan sus oportunidades quedan fuera del análisis: salarios insuficientes, empleos informales, discriminación, falta de protección social o ausencia de oportunidades formativas y económicas, entre otros aspectos.

Cuando estas circunstancias se interpretan principalmente desde una perspectiva espiritual individual, la injusticia pierde visibilidad. La pregunta deja de ser por qué una sociedad produce y tolera determinadas desigualdades e injusticias, y pasa a ser qué debe hacer cada individuo para merecer una vida mejor.

El resultado potencial es una forma de culpabilización de las personas pobres que, lejos de contribuir a su emancipación, a reforzar su estigmatización, su sensación de fracaso y a debilitar la exigencia colectiva de justicia.

La riqueza como bendición: legitimar las desigualdades existentes

Un segundo problema aparece cuando la riqueza se interpreta como una señal del favor de Dios. Si el éxito económico se presenta como una recompensa espiritual, la acumulación de riqueza adquiere una legitimidad moral que va más allá de sus causas reales. Quien prospera económicamente puede ser visto no solo como una persona exitosa, sino también como alguien que ha comprendido mejor los principios divinos de la prosperidad.

Esta interpretación deja abiertas preguntas fundamentales: ¿toda riqueza es resultado del mérito individual? ¿Toda pobreza es consecuencia de decisiones personales? ¿Qué ocurre cuando una fortuna se construye mediante salarios injustos, evasión fiscal, explotación laboral, concentración de mercados, violencia o apropiación desigual de recursos?

La riqueza no demuestra por sí misma una virtud, del mismo modo que la pobreza no demuestra incapacidad ni inferioridad moral.

No obstante, cuando la prosperidad material se convierte en una medida del éxito espiritual, las diferencias económicas tienden a presentarse como el resultado legítimo de las decisiones, las actitudes o la fe de cada persona. De esta manera, la desigualdad deja de percibirse exclusivamente como una realidad que debe examinarse y corregirse, y termina interpretándose como una distribución naturalmente merecida.

Esta visión contribuye a normalizar las jerarquías sociales. En lugar de preguntarnos si las oportunidades están distribuidas de manera justa, podemos terminar preguntándonos por qué unas personas han sabido aprovechar las bendiciones que otras no han conseguido recibir.

La privatización de la esperanza y el debilitamiento de la acción colectiva

La lucha contra la pobreza requiere mucho más que esfuerzos individuales. Necesita instituciones públicas eficaces, sistemas educativos inclusivos, protección social, trabajo digno, políticas redistributivas, servicios de salud accesibles, cooperativismo, economía social y solidaria, mecanismos de participación ciudadana en las decisiones colectivas.

Sin embargo, cuando la superación de las dificultades se presenta fundamentalmente como una transformación personal basada en la fe, existe el riesgo de que las soluciones individuales desplacen la atención de las respuestas colectivas.

La pobreza puede convertirse en una experiencia que debe superarse mediante la oración, la disciplina y la búsqueda de prosperidad personal, en lugar de una realidad que también exige organización y lucha social, acción política y transformación institucional.

Esto no significa que las personas religiosas sean necesariamente menos solidarias o estén menos comprometidas con la justicia social. Numerosas comunidades cristianas participan en organizaciones populares, acompañan a poblaciones vulnerables, defienden los derechos humanos y contribuyen a procesos de transformación social. El propio cristianismo latinoamericano, a diferencia de las corrientes estadounidenses que se están actualmente propagando, cuenta con tradiciones de compromiso social, especialmente gracias a la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base.

La cuestión es qué sucede cuando el énfasis en la prosperidad individual sustituye, en lugar de complementar, la preocupación por el bienestar colectivo. Si el horizonte principal es conseguir que cada creyente prospere por sus propios medios, las causas comunes de la pobreza corren el riesgo de perder centralidad. Las reivindicaciones por mejores salarios, una fiscalidad más justa, servicios públicos universales o una distribución más equitativa de la riqueza pueden quedar subordinadas a la búsqueda de soluciones personales ligadas a la fe.

En ese escenario, los fieles podrían compartir una misma situación de precariedad sin llegar a reconocerse como parte de un problema social común. Cada uno intenta encontrar su propio camino hacia la prosperidad, mientras las condiciones que generan la desigualdad permanecen relativamente intactas. La esperanza individual es capaz de convertirse en una fuerza de resistencia, pero cuando sustituye la esperanza colectiva y la capacidad de organización, también puede convertirse en un factor de desmovilización social.

Una interpretación individualista de la prosperidad puede despolitizar estos problemas cuando desplaza el debate desde las estructuras sociales hacia las conductas personales. Si la solución se encuentra esencialmente en la fe y en la transformación individual, la intervención pública aparece como secundaria, innecesaria o incluso contraria a una visión según la cual cada persona debe resolver sus propios problemas.

Sin embargo, combatir la desigualdad y la pobreza exige revisar políticas públicas, instituciones y relaciones de poder, apoyar políticas de democratización, redistribución, protección social y garantía de derechos.

El riesgo es particularmente relevante en América Latina y el Caribe. La CEPAL ha insistido en que superar la desigualdad requiere políticas integrales que articulen educación, inclusión laboral, protección social, igualdad de género, sistemas de cuidados y fortalecimiento institucional. No basta con modificar las actitudes de las personas: es necesario transformar también las condiciones en las que viven y trabajan.

La justicia social implica reconocer que los problemas no se resuelven únicamente mediante decisiones privadas. Cuando la prosperidad individual ocupa todo el horizonte,

la ciudadanía corre el riesgo de ser sustituida por una suma de individuos que intentan adaptarse a las condiciones existentes, en lugar de participar en su transformación.

Cuando la fe se convierte en una transacción económica

Una de las expresiones más controvertidas de la teología de la prosperidad aparece cuando las donaciones religiosas se presentan como una inversión capaz de producir recompensas materiales.

En determinadas predicaciones, el diezmo y las ofrendas se vinculan con promesas de abundancia, éxito o recuperación económica. La relación con Dios adquiere entonces una lógica transaccional: la persona creyente entrega dinero esperando recibir, a cambio, una bendición que se manifieste en su vida material.

Esta lógica plantea un problema ético especialmente delicado cuando se dirige a personas que atraviesan situaciones de pobreza, desempleo, enfermedad o endeudamiento.

Entonces, quienes viven en condiciones de vulnerabilidad se sentirían presionados a entregar recursos que necesitan para cubrir sus propias necesidades o las de su familia, bajo la expectativa de que ese sacrificio será recompensado. Si la prosperidad prometida no llega, la persona puede interpretar que no ha dado lo suficiente, que su fe ha sido insuficiente o que debe redoblar su “compromiso”.

Cuando esto ocurre, la promesa de liberación económica termina agravando la vulnerabilidad que pretendía aliviar. Cabe aclarar que las donaciones voluntarias forman parte de la vida de numerosas comunidades religiosas y sostienen actividades sociales valiosas. Tampoco todas las iglesias que reciben ofrendas predicán una relación automática entre donación y riqueza. La crítica se dirige a las prácticas que utilizan la necesidad material de las personas para vincular sus aportaciones económicas con promesas de prosperidad.

La fe no debería convertir las expectativas de quienes más necesitan mejorar sus condiciones de vida en una fuente de ingresos basada en promesas difíciles de verificar.

América Latina y el Caribe: entre la promesa de ascenso individual y la persistencia de la desigualdad

La difusión de la teología de la prosperidad debe entenderse en el contexto de sociedades donde amplios sectores de la población experimentan inseguridad económica, empleos precarios y dificultades para acceder a servicios esenciales.

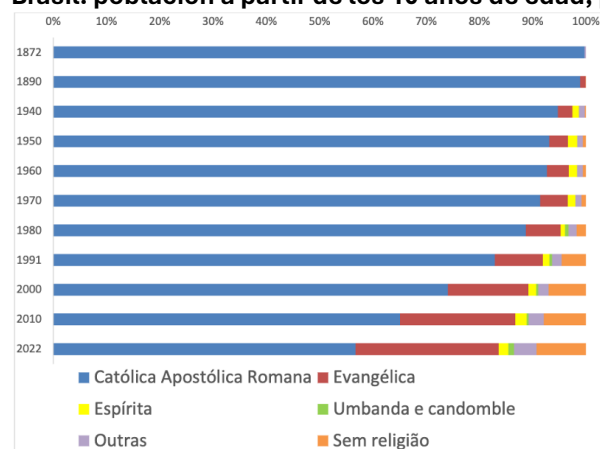
En esos contextos, la promesa de prosperidad resultaría especialmente atractiva. Ofrece esperanza, reconocimiento y una explicación aparentemente comprensible de las dificultades. También puede proporcionar redes de apoyo, sentido de pertenencia y espacios de convivencia que otras instituciones no siempre consiguen ofrecer. Son necesidades reales. La pregunta es qué tipo de respuesta se ofrece a esas necesidades.

Si una comunidad religiosa acompaña a una persona desempleada, la ayuda a encontrar trabajo, organiza redes solidarias y promueve la defensa de sus derechos, puede contribuir a fortalecer su autonomía y su capacidad de actuar colectivamente.

Si, por el contrario, la ayuda queda subordinada a la promesa de una recompensa divina individual y los problemas sociales se explican como deficiencias de fe, el horizonte de transformación termina estrechándose.

El individualismo económico y la idea de que cada persona es enteramente responsable de su éxito o fracaso atraviesan numerosas instituciones y discursos contemporáneos. La teología de la prosperidad adquiere relevancia crítica cuando refuerza esa lógica con una autoridad espiritual que logra ser especialmente persuasiva para sus seguidores. Incluso durante las campañas electorales como, por ejemplo, lo estamos viendo hoy en Brasil, cuando representantes de iglesias evangélicas llaman abiertamente a votar por un candidato y no por otro. Obviamente por aquel candidato que se beneficia de comunidades despolitizadas, donde se privatiza la esperanza y se debilita la acción colectiva en defensa de la justicia social y ambiental.

Brasil: población a partir de los 10 años de edad, por grupo religioso, 1872-2022



Fuente: IBGE, Censo Demográfico 2022: <https://static.poder360.com.br/2025/06/censo-demografico-IBGE-2022-religoes.pdf>

Conclusión: de la prosperidad individual a la dignidad colectiva

El principal problema social de la teología de la prosperidad es que la esperanza de mejorar su condición quedaría vinculada a una interpretación individualista de la riqueza y la pobreza, invisibilizando las causas estructurales de la desigualdad.

Cuando la riqueza se interpreta como una bendición y la pobreza como un fracaso personal; cuando las donaciones se presentan como inversiones espirituales; y cuando la transformación individual desplaza la acción colectiva, ciertas corrientes religiosas pueden contribuir involuntariamente —o mediante prácticas explícitas de predicación— a reproducir las mismas desigualdades que millones de personas necesitan superar.

El efecto más profundo no es solo material, sino también cultural y político: la desigualdad deja de percibirse como una cuestión de justicia y convertirse en una suma de destinos individuales. La precariedad deja de suscitar preguntas sobre las responsabilidades de las instituciones y pasa a exigir, ante todo, una transformación interior de quienes la padecen: una transformación de fe.

Frente a esta lógica, América Latina y el Caribe necesitan fortalecer una concepción de la prosperidad vinculada a la dignidad humana, los derechos humanos, sociales, colectivos y el bienestar compartido. Esto supone reconocer el valor de las comunidades religiosas,

pero sin aceptar acríticamente sus discursos; y supone promover una cultura de la solidaridad que no sustituya justicia por caridad, ni políticas públicas por promesas de recompensa individual.

No debemos elegir entre fe y justicia social, sino preguntarnos qué formas de fe contribuyen a ampliar la dignidad, la solidaridad y la libertad de todas las personas. En sociedades atravesadas por la desigualdad, la esperanza alcanza su mayor potencial transformador cuando deja de ser una promesa exclusivamente individual y se convierte en una fuerza colectiva para construir un futuro compartido y en armonía.